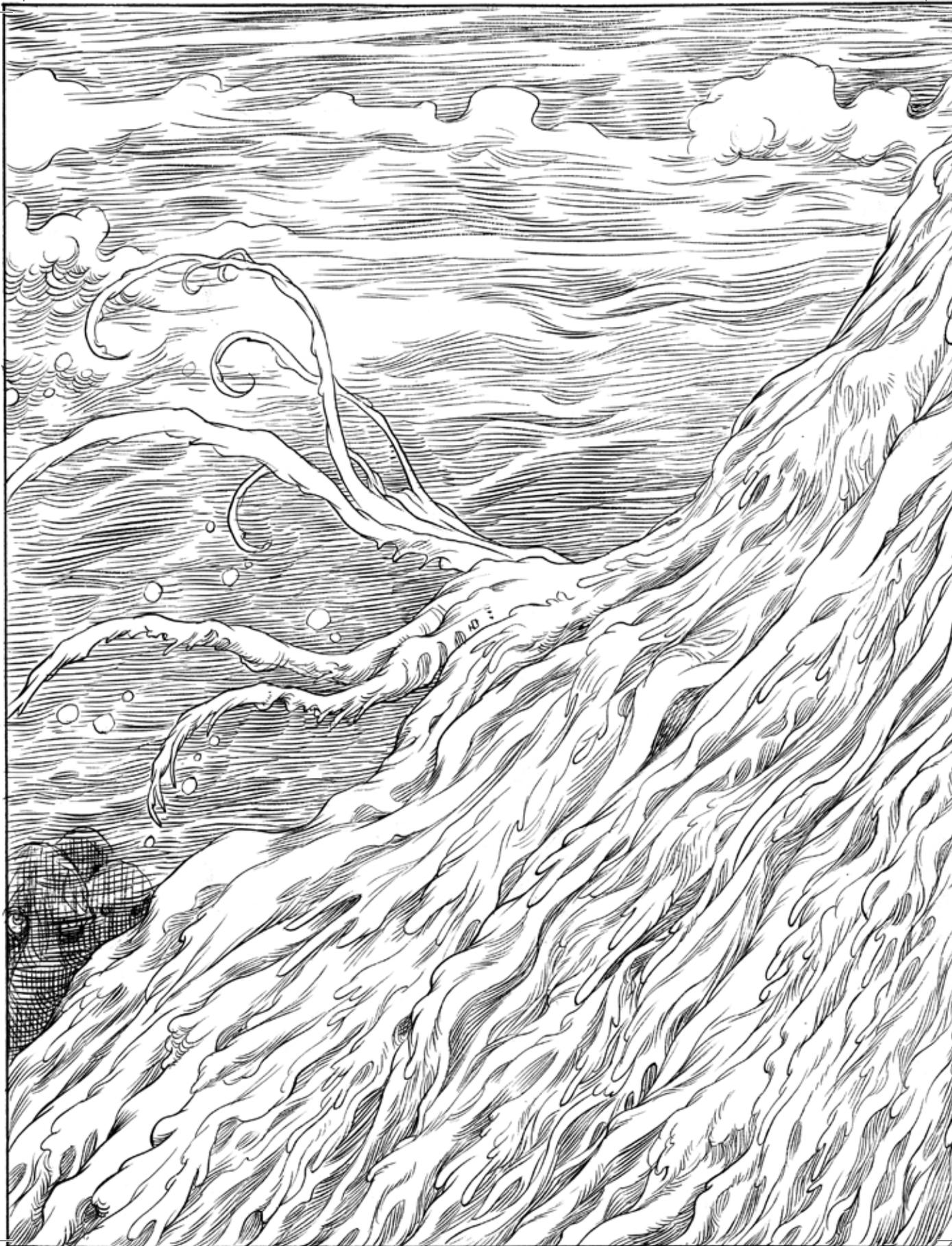




NEIL GAIMAN

CORALINE

ILUSTRACIONES DE CHRIS RIDDELL





Neil Gaiman escribe libros para niños y adultos, por los que ha ganado numerosos premios. Es el único autor que ha ganado los premios Carnegie Medal y Newbery Medal por una misma obra: *El libro del cementerio*. Para niños y jóvenes ha publicado *Coraline*, *La joven durmiente y el huso* y *Material sensible*. Para adultos ha publicado *Neverwhere*, *Stardust*, *American Gods* y cómics como *Sandman*. Algunos de sus títulos más famosos, entre ellos *Coraline* y *Stardust*, han sido adaptados al cine.

Chris Riddell es un reconocido ilustrador y caricaturista político. Ha ganado el Costa Children's Book Award, el Nestlé Gold Award y dos Kate Greenaway Medals. Es coautor del bestseller *Las crónicas del límite*, que alcanzó los primeros puestos de la lista de *The New York Times*, así como autor e ilustrador de los libros de Ottoline y colaborador del prestigioso periódico *The Observer*.

Odd
Y LOS
GIGANTES
DE ESCARCHA



Neil Gaiman
Ilustraciones de Chris Riddell
Traducción de Inés Beláustegui Trías



Título original: *Odd and the Frost Giants*

Primera edición: octubre de 2017

Esta edición ilustrada se publicó por primera vez en el Reino Unido por Bloomsbury Publishing Plc. en septiembre de 2016.

Esta historia apareció por primera vez en *Odd and the Frost Giants*, publicado en marzo de 2008.

Ediciones SM publica esta traducción de *Odd and Frost Giants* por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Teresa Tellechea
Traducción del inglés: Inés Beláustegui Trías

© del texto: Neil Gaiman, 2008, 2016
© de las ilustraciones: Chris Riddell, 2016

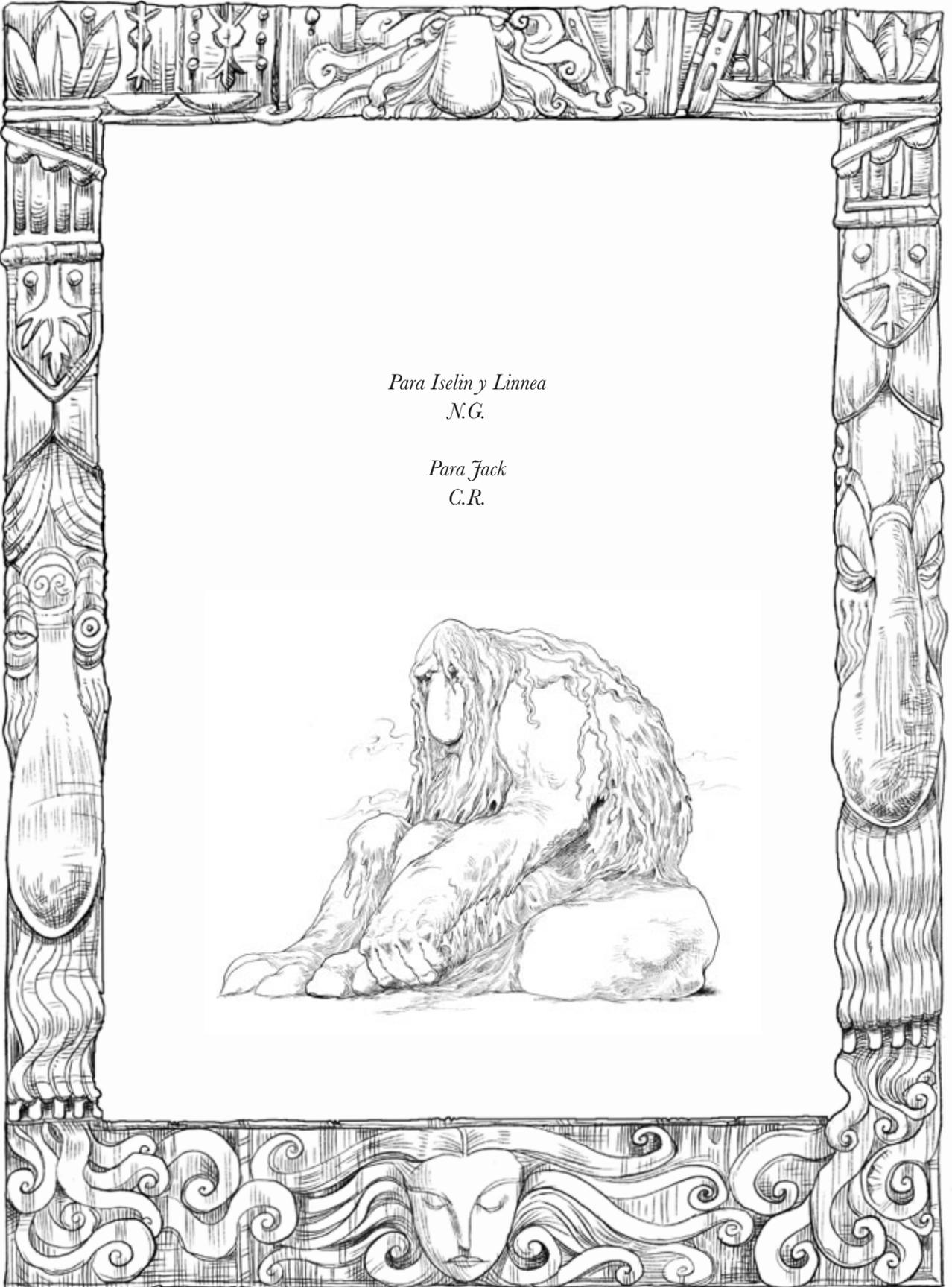
© de esta edición: Ediciones SM, 2017
Impresores, 2 - Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9456-0
Depósito legal: M-7304-2017
Impreso en China / *Printed in China*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





*Para Iselin y Linnea
N.G.*

*Para Jack
C.R.*







CAPÍTULO UNO

Odd

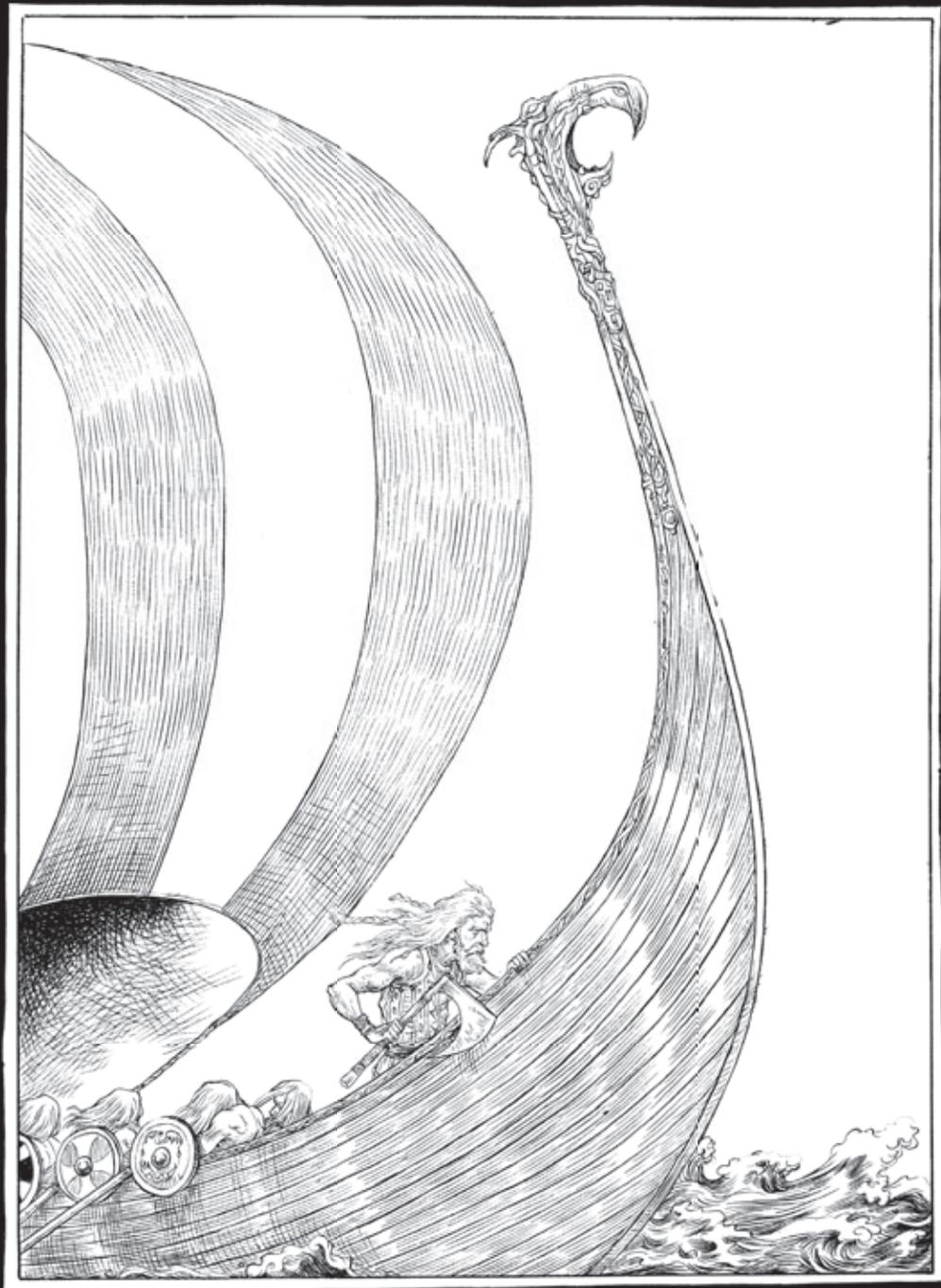
Érase un chico que se llamaba Odd, y aunque *odd* significa «raro» en inglés, llamarse Odd no tenía nada de raro ni de insólito, por lo menos en aquella época y en aquel lugar. En esos tiempos Odd quería decir «punta de espada» y era un nombre que daba buena suerte.

Pero es cierto que el chico era raro. O eso pensaban los demás aldeanos. Y buena suerte era precisamente lo que el muchacho no tenía.

Su padre había perdido la vida dos años antes a raíz de una incursión por mar, cuando Odd contaba diez. No se sabía de nadie que hubiese muerto de una incursión por mar en sí misma, pero lo cierto era que a su padre no lo había matado ningún escocés, no había muerto gloriosamente en el fragor de la batalla, como debían dar la vida los vikingos. No, él había saltado por la borda para salvar a uno de los recios ponis de los que se adueñaban en ese tipo de saqueos para usarlos como bestias de carga.

Cargaban los ponis con todo el oro, objetos de valor, víveres y armas que encontraban, y estos subían al barco con su pesado cargamento. A bordo, eran los seres más valiosos y esforzados. Después de que un escocés matase a Olaf el Alto, al padre de Odd le tocó cuidar de los ponis. El hombre no tenía mucha práctica con aquellas bestias, pues de oficio era leñador y carpintero, pero, aun así, lo hizo lo mejor que pudo. En el viaje de regreso, durante una borrasca cerca de la costa de las Orcadas, uno de los ponis se soltó y cayó al mar. El padre de Odd se tiró a las grises aguas pertrechado con una cuerda, tiró del poni con ella para acercarlo al barco y, con ayuda de los demás vikingos, lo aupó a cubierta.





Antes de la mañana siguiente, fallecía a causa del frío y la humedad y porque tenía los pulmones encharcados.

Cuando regresaron a Noruega, le comunicaron la noticia a la madre de Odd y ella se lo dijo al chico. Odd se limitó a encogerse de hombros. No derramó ni una lágrima. No dijo una palabra.

Nadie sabía lo que Odd sentía en su fuero interno. Nadie sabía lo que pensaba. Y eso, en un pueblo a orillas de un fiordo, donde todos lo sabían todo de todos, era algo que los sacaba de sus casillas.

En aquellos tiempos, los vikingos no ejercían de vikingos a tiempo completo. Todo el mundo tenía otro menester. Irse por mar a atacar tierras ajenas era una actividad a la que los varones se dedicaban por diversión, o para conseguir cosas que no había en casa. Incluso a sus esposas las conseguían por esta vía. La madre de Odd, cuyos cabellos eran tan negros como rubios los de su padre, había llegado al fiordo procedente de Escocia en un barco vikingo. Cuando Odd era pequeño, le cantaba las baladas que había aprendido de niña, antes de que el padre de Odd le hubiese arrebatado el cuchillo, se la hubiese echado al hombro y hubiese cargado con ella hasta la embarcación.

Odd sentía curiosidad por saber si echaba de menos Escocia, pero cuando se lo preguntó, ella le dijo que en realidad no, que solo echaba de menos hablar en su idioma con alguien. Ya hablaba la lengua de los nórdicos, pero con acento.

El padre de Odd había sido un maestro en el manejo del hacha. Él mismo se había construido con troncos una cabaña sencilla en el corazón del bosque que había al otro lado del fiordo, y tenía por costumbre pasar una semana aproximadamente en aquella espesura, de donde regresaba con una carreta cargada de troncos ya listos para empezar a secarse y abrirse, pues en aquella región fabricaban todo lo que podían con madera: los clavos hechos de madera servían para ensamblar tableros que a su vez servían para construir cabañas o barcos de madera. Los inviernos, cuando la capa de nieve era tan gruesa que no se podía viajar, el padre de Odd se sentaba a tallar la madera junto al fuego, a transformarla en máscaras, juguetes, vasos, cuencos, mientras la madre de Odd cosía, cocinaba y, siempre siempre, cantaba.

Tenía una voz preciosa.



Odd no entendía la letra de las canciones, pero ella se las traducía después y a él se le llenaba la cabeza de apuestos señores a lomos de magníficas monturas, con sus nobles halcones posados en las muñecas y un valeroso perro de caza siempre a su vera, sigiloso, en pos de toda suerte de problemas: combatir contra gigantes, rescatar doncellas o liberar a los oprimidos de los tiranos.

Desde que murió el padre de Odd, su madre cantaba cada vez menos.

Sin embargo, Odd continuó sonriendo y eso enfurecía a los aldeanos. Ni siquiera se le borró la sonrisa después del accidente que lo dejó cojo de la pierna derecha.

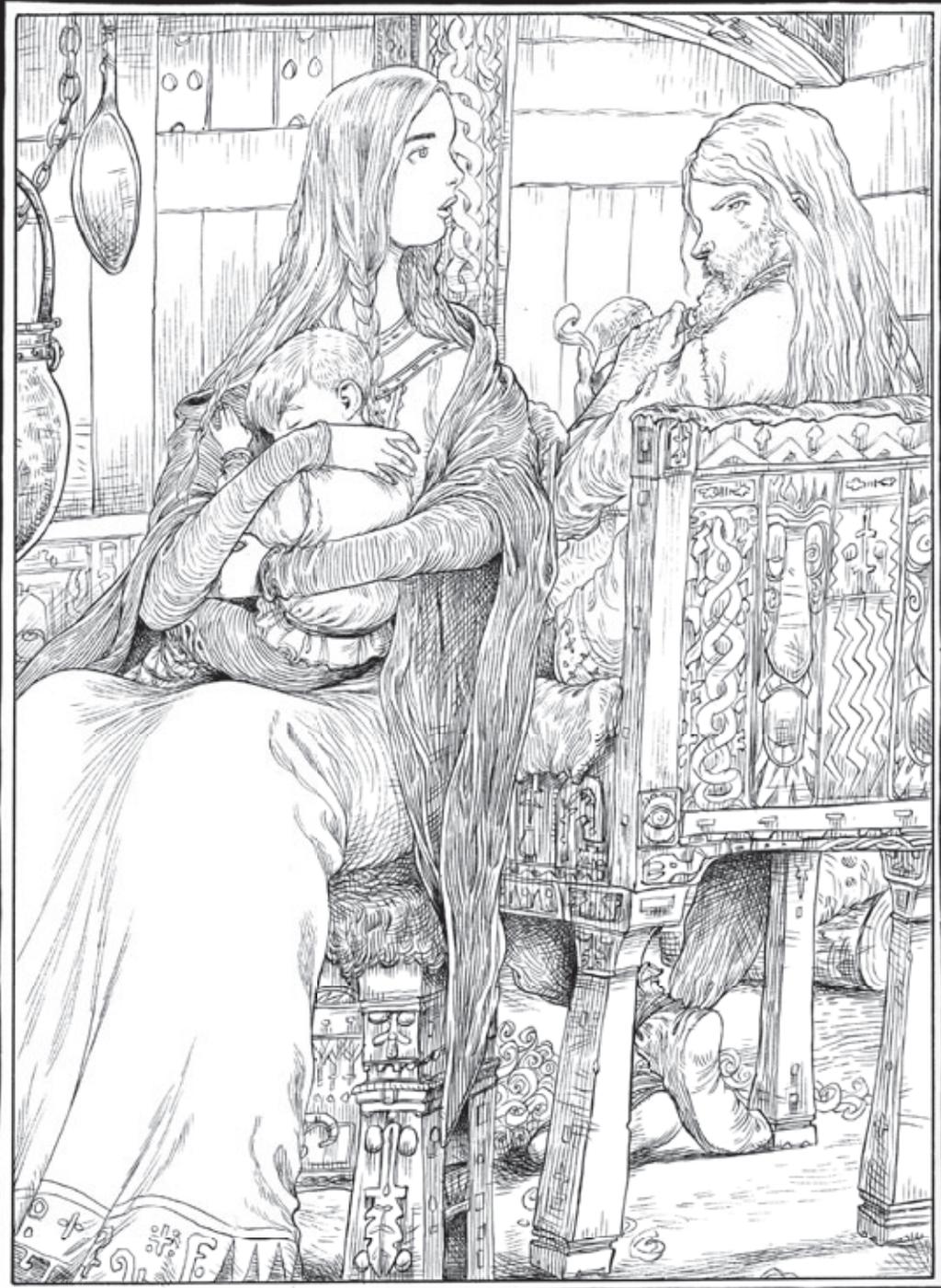
Ocurrió tres semanas después de que el barco vikingo regresase sin el cadáver de su padre. Odd había cogido el hacha con la que su padre talaba árboles, un hacha tan descomunal que a duras penas podía con ella. Y con ella al hombro, se fue al bosque, convencido de conocer a la perfección el oficio de leñador y decidido a poner en práctica estos conocimientos.

A su madre le reconoció después que a lo mejor debería haber usado el hacha pequeña y haber escogido un árbol de menor tamaño para practicar.

Aun así, lo que hizo fue extraordinario.

Una vez que el árbol se le hubo caído encima del pie, excavó con el hacha toda la tierra que tenía debajo de la pierna, sacó la extremidad y cortó una rama con la que se hizo una muleta para apoyarse, ya que tenía destrozados los huesos de la pierna. Y, no se sabe cómo, logró llegar él solo a su casa con la pesada hacha de su padre al hombro, pues en aquellos montes no era fácil encontrar metal, y un hacha o bien se trocaba por otra cosa o bien había que robarla, y no habría podido dejarla allí para que se oxidase.









Pasaron dos años y la madre de Odd se casó con Alfred el Gordo, un hombre bastante simpático cuando no había estado empinando el codo, pero que tenía ya cuatro hijos y tres hijas de un matrimonio anterior (a su mujer la había matado un rayo) y, por tanto, no disponía de tiempo para ocuparse de un hijastro tullido, por lo que Odd empezó a pasar cada vez más horas a solas en aquellos bosques magníficos.

A Odd le encantaba la primavera, cuando los manantiales comenzaban a discurrir por los valles y el bosque se cubría de flores. Le gustaba el verano, cuando empezaban a madurar las primeras bayas, y el otoño, cuando había frutos de cáscara y manzanas pequeñas. Pero no le hacía gracia el invierno, cuando los aldeanos pasaban todo el tiempo que podían metidos en el gran salón de los banquetes comiendo tubérculos y carne en salazón. Los hombres en invierno armaban broncas, pedorreaban, cantaban, dormitaban y en cuanto volvían a despertarse ya estaban peleándose otra vez, mientras las mujeres, afanadas cosiendo, tejiendo y zurciendo, los miraban y movían la cabeza.

Hacia el mes de marzo, lo peor del invierno había quedado atrás. Las nieves se derretían, empezaban a correr los ríos y el mundo se desperezaba.

Menos aquel año.

El invierno persistía, como un inválido que se resistiese a morir. Los días grises seguían sucediéndose y el hielo no se resquebrajaba; el mundo continuaba siendo un lugar gélido e inhóspito.

En la aldea todos estaban de lo más picajosos. Llevaban ya cuatro meses viéndose las caras en la sala de los banquetes. Era hora de que los hombres preparasen el barco para hacerse a la mar y de que las mujeres empezasen a desbrozar la tierra para sembrar. Los juegos se tornaron desagradables; las chanzas, mezquinas. Las peleas iban en serio.

Por todo esto, una mañana de finales de marzo, varias horas antes de que saliese el sol, estando dura la escarcha y la tierra compacta como el hierro, mientras Alfred el Gordo y sus hijos y la madre de Odd dormían aún, Odd se puso la ropa más gruesa y abrigada que tenía, sisó un lomo de salmón ennegrecido por el humo que colgaba de un gancho en una de las vigas de la casa de Alfred el Gordo, y se llevó un caldero con un puñado de ascuas del fuego. Además, cogió la segunda mejor hacha de su padre, que se ató al cinto mediante una correa de cuero. Y con todo esto se fue cojeando al bosque.

La nieve era profunda, traicionera y estaba cubierta por una costra gruesa de hielo. Si a un hombre con dos piernas ya le hubiese costado mucho avanzar, para un chico con una sola pierna buena, otra muy mala y una muleta de palo, cada colina era una montaña.





Odd atravesó un lago helado, que debería haberse descongelado hacía semanas, y se adentró en lo más profundo del bosque hasta que llegó a la vieja cabaña de leñador de su padre. Daba la sensación de que los días eran tan cortos como en el solsticio; por eso, cuando llegó a su destino había oscurecido tanto que parecía de noche, y eso que solo era media tarde.

La nieve bloqueaba la entrada y Odd tuvo que coger una pala de madera para despejarla antes de poder entrar. Echó astillas al caldero y estuvo atendiéndolo hasta que le pareció que podía llevar el fuego, sin temor a que se apagara, al hogar, donde había unos leños secos.

Encontró por el suelo un trozo de madera algo más grande que su puño. Se disponía a arrojarlo también a las llamas cuando sus dedos notaron que había algo tallado en él. Lo dejó a un lado con la intención de examinarlo en cuanto hubiese más luz. Recogió un poco de nieve con una pequeña sartén, la puso a derretir al fuego y comió parte del pescado ahumado acompañado de una infusión de bayas.

Se sentía de maravilla. Aún había unas mantas en un rincón, además de un colchón relleno de paja, y podía imaginarse que aquella pequeña estancia olía a su padre, y nadie le daba un pescozón ni le llamaba tullido o imbécil. Así pues, una vez que tuvo una lumbre lo suficientemente alta para arder toda la noche hasta el amanecer, se fue a dormir feliz y contento.



